

Guarda Tus Pasos En La Casa De Dios

“Acércate más para oír que para ofrecer el sacrificio de los necios, quienes no saben que hacen mal.”

(Eclesiastés 5:1)

Salomón, después de conducirnos fuera del mundo, con mostrarnos su vanidad, ahora nos conduce a Dios y a nuestro deber; que no caminemos por el camino del mundo, sino por las normas bíblicas, y por lo tanto, nos envía a la casa de Dios, al lugar del culto público.

El templo del Antiguo Testamento era conocido como la morada de Dios. Pero en el Nuevo Testamento, la casa de Dios no es un “templo” literal – no es un edificio de madera o piedra o ladrillo. Tal cosa no era reconocida por la Iglesia del Nuevo Testamento.

En el Nuevo Testamento encontramos sólo el templo espiritual de creyentes fieles en quienes mora el Espíritu Santo, *“¿O ignoráis que vuestro cuerpo es templo del Espíritu Santo, el cual está en vosotros, el cual habéis recibido de Dios, y que no sois vuestros?”* (1 Corintios 6:19). Así que cuando hablamos de la casa de Dios, estamos hablando del servicio congregacional de adoración en donde todos los cristianos fieles de una localidad se reúnen para rendir culto a Dios.

El punto de Salomón es que el único remedio contra la vanidad de esta vida es tener un sentido correcto de la adoración a Dios. En el capítulo 4 nos iluminó en cuanto a la importancia del apoyo mutuo – que un cordón de tres dobleces no se rompe pronto. En este capítulo 5 de Eclesiastés, ahora entra en una discusión de la adoración unida a Dios – como casa de Dios. Nos dice que esto también es pura vanidad si no tenemos cuidado en hacerlo correctamente. Y muchos han hecho exactamente eso con el culto o la adoración moderna.

La generación de hoy está desilusionada de casi todo – el gobierno, la guerra, la economía. Están especialmente desilusionados con el culto congregacional. Muchos han perdido su apetito por el cristianismo institucionalizado. Una serie de libros recientes abordan este creciente desencanto.

Dos libros que se han hecho populares son *La Vida Después de la Iglesia: La llamada de Dios a cristianos desilusionados*, y *Querida Iglesia: Cartas de una generación desilusionada*. En *La Vida Después de la Iglesia*, el autor escribió específicamente para los “abandonadores” – personas que están comprometidas a Jesucristo, pero ven a la Iglesia como un “experimento fallido.” Estos sienten que seguir a Cristo y permanecer en una iglesia local se han hecho mutuamente excluyentes – las dos cosas no pueden coexistir. De la misma manera, el autor de *Querida Iglesia* escribe para los que “dudan si acaso asistir a una iglesia local tiene algo que ver con la fe de una persona.”

Pero Salomón, en este capítulo, ahora se dirige a las razones porque muchos no pueden sacar lo que Dios intentaba del culto de adoración congregacional. Salomón nos enseña cómo debemos acercarnos al trono de Dios correctamente, *“Cuando vayas a la casa de Dios, guarda tu pie. Acércate más para oír que para ofrecer el sacrificio de los necios, quienes no saben que hacen mal.”* (Eclesiastés 5:1).

Hay una idea errónea de hoy que la razón principal por la que asistimos a la adoración es para “sacar algo del servicio,” en lugar de ir allí para rendir culto a Dios. Este es un motivo egoísta de nuestra parte. Esta es la razón porque muchos no pueden estar satisfechos con el servicio de adoración cuando su énfasis no está en el objeto propio de la adoración – Dios.

La gente de hoy quiere “hacer lo suyo propio” en la adoración de la iglesia. Lo que la Biblia dice acerca de la adoración para mucha gente es de poca importancia, siempre y cuando ellos son felices y se sienten bien. Pero, según Salomón, tenemos que estar preocupados con lo que Dios dice acerca de cómo Él debe ser adorado en lugar de lo que nosotros deseamos ofrecerle.

“Guarda tu pie” quiere decir tener cuidado o acercarnos con prudencia. No nos acercamos a Dios en nuestros términos, nos acercamos a Dios en Sus términos. *“Acércate más para oír”* implica obediencia. Quiere decir poner atención al mandamiento de Dios. En el culto de adoración nos acercamos más para obedecer y no para hacer lo que nos gusta a nosotros.

En el Antiguo Testamento Dios digo a Moisés: *“Ve al pueblo, y santificalos hoy y mañana. Que laven sus vestidos y estén preparados para el tercer día... Señalarás límites alrededor del pueblo, y dirás: “Guardaos, no subáis al monte ni toquéis sus límites; cualquiera que toque el monte, de seguro morirá.”* (Éxodo 19:10-11). Dios enfatiza la importancia de ser purificados antes de acercarse a Su presencia.

El objetivo era hacerles sentir la insuficiencia y la corrupción de la existencia humana. Todos estamos contaminados ante Dios. Toda nuestra justicia y santidad son como trapos sucios para Él (Isaías 64:6). Hay muchas distracciones en el mundo, y estamos contaminados con pensamientos mundanos, pasiones, sentimientos y acciones de todos los días. Necesitamos tener cuidado y tomar el tiempo para estar preparados con un espíritu correcto y una actitud correcta cuando entramos en culto a Dios.

En el Nuevo Testamento, nosotros tenemos entrada a la presencia santa de Dios, sólo por el acto sacrificial de Cristo Jesús, *“Así que, hermanos, tenemos libertad para entrar en el Lugar santísimo por la sangre de Jesucristo, por el camino nuevo y vivo que Él nos abrió a través del velo, esto es, de Su carne. También tenemos un gran sacerdote sobre la casa de Dios. Acerquémonos, pues, con corazón sincero, en plena certidumbre de fe, purificados los corazones de mala conciencia y lavados los cuerpos con agua pura.”* (Hebreos 10:19-22).

Cuando venimos a adorar a Dios, debemos traer esta verdad bien grabada en nuestro corazón, y acercarnos con gratitud solemne y reverencia decorosa a rendir culto al Dios que entrego Su posesión más preciosa por nuestra alma. El apóstol Pablo escribió que el rendir culto a Dios indignamente trae consecuencias severas, *“De manera que cualquiera que coma este pan o beba esta copa del Señor indignamente, será culpado del cuerpo y de la sangre del Señor...El que come y bebe indignamente, sin discernir el cuerpo del Señor, juicio come y bebe para sí. Por lo cual hay muchos enfermos y debilitados entre vosotros, y muchos han muerto.”* (1 Corintios 11:27-30).

Es por eso que muchos de los que vienen al culto de adoración nunca reciben una bendición duradera, ninguna edificación manifiesta, sino que salen de la adoración con los mismos pensamientos y actitudes negativas, con los mismos problemas, debilidades y angustias con las que entraron.

Necesitamos tiempo para meditar, reflexionar y cambiar nuestra forma de pensar de las cosas mundanas a las cosas divinas. Cuando adoramos a Dios con una mentalidad impura y llena de nosotros mismos mostramos falta de respeto a la Divinidad Santa. Si no tomamos el tiempo para prepararnos, y nos acercamos a Dios con pensamientos y emociones impuros entonces tratamos a las cosas sagradas como algo barato y común.

Es por eso que muchos de nosotros no podemos participar de alguna bendición espiritual cuando entramos en la adoración, no somos aceptables a Dios y nuestro espíritu nunca se desenvuelve delante de Él por ser contaminados por las cosas de este mundo. Es por eso que hay tanta enfermedad, debilidad y miseria entre los cristianos, por eso hay tanto desencanto, porque no traen la actitud o el espíritu correcto. No vienen con la actitud de dar gracias, sino de recibir algo.

Los Estados Unidos ha producido personas más orientadas al entretenimiento que el mundo jamás haya conocido. Tenemos más formas de diversión que jamás haya sido conocido por el hombre, pero aún queremos más. En nuestra época todo está diseñado para atraer nuestras emociones y para entretenernos.

Hay congregaciones que existen sólo para alabar y glorificar a oradores elocuentes que poseen la habilidad de motivar y estimular las emociones y las esperanzas de los oyentes. Las multitudes se amontonan en esas congregaciones para ser agradados y motivados como en un concierto de rock. Esas iglesias existen para engrandecer al orador y cautivar a los espectadores.

Parece que hemos olvidado que nuestro servicio de adoración es para dar gloria y honra a Dios, y no para entretenernos. Cuando tenemos coros que nos canten y conciertos para entretenernos, no estamos adorando a Dios, sino que nos hemos convertido en los espectadores que son entretenidos. Pero la adoración no es un evento de espectador. No debemos atrevernos a convertirnos en espectadores, porque en la adoración es Dios quien es el espectador.

Las personas tienen los papeles al revés. La gente espera que la voluntad divina se adapte a lo que parece correcto a sus propios ojos. Proverbios 12:15 dice: *“El camino del necio es recto a sus propios ojos, mas el que escucha consejos es sabio.”* El énfasis de hoy es de cómo puede el servicio de adoración ser más entretenido a la gente para complacerse a sí mismos y no a Dios.

La adoración a Dios es santa y sagrada. Pervertir y corromper el culto con lo que podemos “sacar del servicio” tratando de complacernos y satisfacernos a nosotros mismos ¡es nada menos que blasfemia! El carácter sagrado de la verdadera adoración no debe ser sacrificado en los altares de buenos sentimientos y programas interesantes. Queremos complacernos y entretenernos a nosotros mismos.

Cuando las personas buscan un “alto emocional” del culto y no lo consiguen, se sienten decepcionadas y comienzan a culpar al servicio de cantos, al predicador, los temas, la duración del servicio, etc. El mundo quiere que su servicio de adoración sea “más divertido,” y “interesante” y por lo tanto fallan en adorar a Dios en espíritu y en verdad. ¿Dónde en la Biblia podemos ir para demostrar que nuestra adoración está diseñada para complacer al adorador? El deseo de tener una experiencia o un encuentro en las líneas del misticismo pone poca atención a lo que Dios dice en la Biblia.

Otros vienen a la iglesia *“para ofrecer sacrificio de los necios”* y no para agradecer a Dios. Son gente insensata que creen que Dios acepta cualquier cosa que le ofrezcan. No hacen el esfuerzo para enterarse o no toman en serio el significado de la autoridad divina. Creen que a Dios no le importa cómo es adorado. Pero se equivocan.

Nadab y Abiú, dos sacerdotes necios que ofrecieron a Dios un fuego extraño, que Él no autorizó, fueron castigados con muerte, *“Nadab y Abiú, hijos de Aarón, tomaron sus respectivos incensarios, y después de poner en ellos fuego y echar incienso sobre él, ofrecieron delante del SEÑOR fuego extraño, que Él no les había ordenado. Y de la presencia del SEÑOR salió fuego que los consumió, y murieron delante del SEÑOR.”* (Levíticos 10:1).

Así muchos ignoran el mandamiento de Dios, o más bien desprecian la voluntad de Dios, y establecen lo que a ellos les parece más “interesante.” Son gente necia que creen que porque a ellos les agrada, debe también agradarle a Dios. Se ponen al mismo nivel de Dios y piensan que Dios es como ellos.

Pero se equivocan muy lejos, *“Porque Mis pensamientos no son vuestros pensamientos, ni vuestros caminos Mis caminos--declara el SEÑOR. Porque como los cielos son más altos que la tierra, así Mis caminos son más altos que vuestros caminos, y Mis pensamientos más que vuestros pensamientos.”* (Isaías 55:8-9).

La desilusión viene por haber puesto el énfasis en sí mismos y no en Dios. Cuando nuestra adoración es agradecer a Dios en lugar de a nosotros mismos, entonces y sólo entonces nuestra adoración será mucho más válida y alentadora espiritualmente para nosotros, y agradable para Dios. Entonces recibiremos fortaleza y crecimiento del culto de adoración.

Salomón también dice, *“No te des prisa a abrir tu boca, ni tu corazón se apresure a proferir palabra delante de Dios, porque Dios está en el cielo, y tú sobre la tierra. Sean, por tanto, pocas tus palabras.”* (Eclesiastés 5:2). Aquí está otro mal que hacen muchos y, por lo tanto, no sacan nada del culto a Dios. Este consejo se puede aplicar a enseñar, oraciones, comentarios o simplemente a la actitud con que venimos al culto.

Todos queremos ser maestros, pero nadie quiere aprender. Muchos vienen al culto con ideas de hablar más que oír, enseñar en lugar de aprender, pontificar en lugar de adorar. La única manera que ellos sacan algo del culto de adoración es cuando son reconocidos y estimados y aplaudidos por su palabrería.

Son como Cristo dijo, *“¿Cómo podéis creer, cuando recibís gloria los unos de los otros, y no buscáis la gloria que viene del Dios único?”* (Juan 5:44).

También hay los que no sacan nada del servicio si no pueden dictar a otros – quieren ser oídos más que oír. Estos son los dictadores religiosos que quieren que todos crean como ellos y que se hagan las cosas según su criterio. Son personas dogmáticas y dominantes que se complacen sólo cuando otros se someten a sus opiniones e ideas. Y cuando no sucede, se frustran y se decepcionan con todo el proceso. Se les olvida que no se trata de ellos.

Otros vienen al culto con suplicas dictatoriales. Su hablar es “yo quiero, yo quiero, yo quiero.” No consideran lo que Dios quiere, sino lo que ellos quieren. Otros vienen con murmuración en su corazón. Esto, aquello o lo otro no les ha ido bien. Dios es culpado por no responder – están insatisfechos. Otros todavía vienen con resentimiento porque Dios no ha respondido como ellos querían. Esas suplicas carecen de sumisión. Su propia voluntad imperiosa sobresale por encima de todo lo demás.

Cuando nos acercamos a Dios de esa manera, no podemos rendir culto de acuerdo a Su voluntad. Y nuestro espíritu nunca se conecta con el Espíritu de Dios y somos desilusionados. Es mejor no abrir la boca, que venir al culto con esas actitudes. Dios quiere que nos acerquemos con corazones llenos de temor y gratitud, y no gimiendo y llorando y descontentos, *“Y esta otra cosa hacéis: cubrís el altar del SEÑOR de lágrimas, llantos y gemidos, porque El ya no mira la ofrenda ni la acepta con agrado de vuestra mano.”* (Malaquías 2:13).

Cuando venimos al culto con tantas complicaciones en nuestro corazón, nos hundimos en toda clase de necesidad. Como los sueños vienen de pensar demasiado en una cosa durante el día, así las muchas palabras al fin revelan la necesidad del corazón del orador. La palabrería del necio manifiesta los pensamientos vacíos, presuntuosos y desviados que moran en su corazón, *“Porque los sueños vienen de la mucha tarea, y la voz del necio de las muchas palabras... Porque en los muchos sueños y en las muchas palabras hay vanidades; tú, sin embargo, teme a Dios.”* (Eclesiastés 5:3,7). La adoración a Dios debe ser humilde y sin complicaciones – sencilla.

La expresión de un adorador verdadero, que edifica y verdaderamente instruye, es primeramente sumisa. No insiste en sus propios deseos, ni en sus opiniones o sus ideas. No se pone sobre los demás, ni trata de imponer su criterio sobre ellos. No busca su propio reconocimiento, ni quiere la alabanza de otros. El lenguaje del corazón es: “Hágase Tu voluntad.” No discute ni argumenta con Dios. No determina la forma en que Dios debe responder, de hecho, no tiene requisitos para Dios – sólo quiere decir “Gracias, Señor, por todo lo que has hecho.”

El adorador que Dios acepta es uno que confía en la sabiduría divina, cuenta a Dios por fiel, todo lo espera y todo lo cree. No necesitamos hablar mucho para decir, “Señor, yo reconozco que he pecado delante de Ti, y estaré agradecido por el resto de la eternidad porque me has hecho limpio por la sangre de Tu Hijo.” Todo lo demás sale sobrando.

Cuando nos acercamos a Dios para rendir culto siempre debemos estar conscientes que entre Él y nosotros hay una distancia infinita: Dios está en el cielo, donde Él reina en gloria sobre nosotros y todos los hijos de los hombres, donde es atendido por la reunión de millares de ángeles santos y es exaltado mucho arriba de toda nuestra bendición y alabanza. Nosotros estamos en la tierra, el estrado de Su trono, somos bajos y viles, desemejantes a Dios, y completamente indignos de recibir un favor de Él o tener alguna comunión con Él, sin la presencia de Cristo y Su muerte.

Por lo tanto, debemos ser muy graves, humildes y serios, y ser respetuosos cuando hablamos con Él, como cuando hablamos con un gran hombre que es mucho más nuestro superior, y en demostración nuestras palabras deben ser pocas, y bien escogidas, *“¿Cómo puedo yo responderle, y escoger mis palabras delante de Él?”* (Job 9:14).

El convenio que tenemos con Dios no es entre dos iguales, como son los convenios humanos, sino entre un Ser que es absolutamente santo y perfecto y seres inmundos e imperfectos, donde Él nos hace el favor de recibarnos en Su presencia como si fuéramos iguales, cuando en realidad no lo somos.

En seguida, Salomón nos advierte de hacer promesas a Dios que no intentamos cumplir, ***“Cuando a Dios hagas promesa, no tardes en cumplirla, porque Él no se complace en los insensatos. Cumple lo que prometes.”*** (Eclesiastés 5:4).

Todos hacemos promesas, ya sea informalmente, a nuestros amigos y familiares, o formalmente, en contratos, documentos y votos de matrimonio. Parece obvio que una promesa tiene peso moral. Sin embargo, todos hacemos acuerdos precipitados, o nos comprometemos más allá de nuestra capacidad, o totalmente olvidamos lo que hemos dicho, y por lo tanto fallamos en cumplir nuestras promesas. A veces queremos sacarnos de una promesa hecha por negar que la hicimos o reclamar hubo un mal entendimiento.

Pero cuando se trata de una promesa hecha a Dios, tenemos que tener mucho cuidado de no ser guiados por la emoción del momento, ni por un deseo de ser impresionantes porque las consecuencias pueden ser severas. Hay que tener mucho cuidado con hacer promesas grandes o imprudentes al Señor sin contar los costos de hacer lo que decimos que vamos a hacer, ***“Cuando hagas un voto al SEÑOR tu Dios, no tardarás en pagarlo, porque el SEÑOR tu Dios ciertamente te lo reclamará, y sería pecado en ti. Sin embargo, si te abstienes de hacer un voto, no sería pecado en ti. Lo que salga de tus labios, cuidarás de cumplirlo, tal como voluntariamente has hecho voto al SEÑOR tu Dios, lo cual has prometido con tu boca.”*** (Deuteronomio 23:21-23).

El punto de Salomón es que no es necesario hacer promesas que no podemos cumplir. En lugar de tratar de demostrar lo maravilloso que somos a Dios y como siempre haremos lo correcto y no lo malo, tenemos que detenernos y escuchar lo que Su palabra tiene que decirnos. Tenemos que reconocer que el impresionante en este retrato no soy yo, ni usted, ni otro. Dios no está interesado en nuestras protestas de grandeza. Él está interesado en que nos humillemos delante de Él y veamos lo maravilloso que Él es.

Pero hay un voto que si es necesario hacer y cumplir – el voto que hicimos cuando nos hicimos cristianos, es decir de dejar el pecado y seguir a Cristo con todo nuestro corazón. Cristo dijo, ***“Si alguno viene a mí y no aborrece a su padre, madre, mujer, hijos, hermanos, hermanas y hasta su propia vida, no puede ser mi discípulo. El que no lleva su cruz y viene en pos de mí, no puede ser mi discípulo”*** (Lucas 14:26-27); y también dijo, ***“Ninguno que, habiendo puesto su mano en el arado, mira hacia atrás es apto para el reino de Dios.”*** (Lucas 9:62).

Ahora, todos aquellos que se han desilusionado del servicio congregacional a Dios y han abandonado la Iglesia por completo hicieron una promesa a Cristo cuando se convirtieron a Él. Cuando hicieron eso se comprometieron a seguir todos los directivos que Cristo estableció por medio de Sus apóstoles.

La pregunta, ¿Puedo servir a Cristo sin participar en el culto de adoración de la Iglesia? o ¿Qué beneficio obtengo del culto de adoración congregacional? parece ser hecha por alguien que se ha dicho a sí mismo, “No me importa si la adoración congregacional es de Dios o no. No me interesa saber si la iglesia local debe ser más como la Biblia dice, o más como a mí me gusta. Todo lo que me interesa es sacar algún beneficio de ello. Yo voy a escoger mis creencias no porque se apegan a una verdad divina, sino porque las hallo provechosas.”

Francamente, es difícil simpatizar con ese modo de pensar. Como cristianos, una de las cosas que nos distingue del mundo, es que hemos aceptado la Biblia como la verdad de Dios a la humanidad, ***“Porque en el evangelio la justicia de Dios se revela por fe y para fe; como está escrito: Mas el justo por la fe vivirá.”*** (Romanos 1:17).

Y como discípulos de la Palabra de Dios debemos, ***“examinadlo todo y retened lo bueno.”*** (1 Tesalonicenses 5:21). Hay cosas que debemos retener y cosas que debemos rechazar. Eso significa ser discriminantes y saber distinguir. Como seguidores de Cristo, nuestro deseo debe ser siempre, ***“comprobando lo que es agradable al Señor.”*** (Efesios 5:10). Todo lo que podemos comprobar que es agradable al Señor debemos retener. Pero todo lo que no podemos comprobar que es agradable al Señor debemos evitar. Cuando perdemos ese deseo entonces ya no estamos sirviendo a Cristo, ni al Padre, sino a nosotros mismos.

Aunque su relación con Cristo es personal, Dios no intentó que fuera privado. En la familia de Dios, usted está conectado con todos los demás creyentes. La Biblia dice: *“Pues así como en un cuerpo tenemos muchos miembros, pero no todos los miembros tienen la misma función, así nosotros, que somos muchos, somos un cuerpo en Cristo e individualmente miembros los unos de los otros.”* (Romanos 12:4-5).

Seguir a Cristo incluye pertenecer, no sólo creer. El escritor C.S. Lewis notó que la palabra “pertenecer” es de origen cristiano, pero el mundo lo ha vaciado de su significado original. Tiendas ofrecen descuentos a los “miembros” y anunciantes utilizan “nombres de miembros” para crear listas de correo. En las sectas religiosas, la membresía es a menudo reducida a simplemente añadir su nombre a un rollo, sin requisitos o expectativas.

Pero para el apóstol Pablo, ser un “miembro” de la iglesia significaba ser un órgano vital de un cuerpo vivo, una parte indispensable e interconectada del Cuerpo de Cristo. Tenemos que recuperar y practicar el sentido bíblico de la membresía. La iglesia es un cuerpo, no es un edificio; un organismo, no una organización.

En lugar de abandonar su profesión a la Iglesia del Señor porque no les conviene o porque no pueden “sacar algún beneficio personal,” deben de recordar el mandamiento, *“Mantengamos firme la profesión de nuestra esperanza sin vacilar, porque fiel es el que prometió; y consideremos cómo estimularnos unos a otros al amor y a las buenas obras, no dejando de congregarnos, como algunos tienen por costumbre, sino exhortándonos unos a otros, y mucho más al ver que el día se acerca.”* (Hebreos 10:24-25).

Los que creen que pueden servir a Cristo sin adorar a Dios en una iglesia local, ignoran que ellos fueron añadidos a la iglesia por Dios mismo, *“Y el Señor añadía cada día a la iglesia los que habían de ser salvos.”* (Hechos 2:47). Ellos cambiaron votos con Cristo – Cristo los aceptó en Su rebaño y ellos prometieron hacer morir el viejo hombre y rendirse completamente a Él.

Ahora, porque no les conviene, ¿se quieren hacer para atrás? ¿Ahora quieren decirle a Cristo, “Te acepto a Ti, pero no a Tus escogidos. Te sirvo a Ti, pero no al cuerpo de salvados que Tú has añadido. Tu puedes entrar en mi corazón, pero no Tu desposada.”? Mucho cuidado los que así piensan.

Salomón nos dice que cuando haces promesa a Dios, no creas que puedes hacer con Él como haces con otros humanos. No es como hacer un voto que después puedes arrepentirte sin consecuencias. Salomón nos dice que Dios no se complace en gente insensata o necia. Vale más que cumplan lo que prometan a Dios.

Los “abandonadores” han perdido el punto esencial – no se trata de nuestra conveniencia, sino de la obediencia al patrón que Dios estableció. Quizá es verdad que algunas congregaciones están muertas, quizá es verdad que muchos servicios son demasiado aburridos, quizá es verdad que los cantos, las oraciones, las predicaciones son las mismas vez de tras vez de tras vez, quizá es verdad que muchos están hastiados y fastidiados de todo esto. Pero, ¿Cómo cambia eso la promesa y voto que hicieron con Cristo? ¿Cómo cambia eso el gran precio que Dios pago para que usted pudiera ser digno o digna de adorarle? ¿Cómo cambia eso lo que Dios ha mandado?

Todos los que han hecho un voto al SEÑOR Dios, no tarden en pagarlo, porque Dios ciertamente lo reclamará a todos los que hicieron ese voto – Él no se olvida. Los humanos tienen que aprender que lo que sale de sus labios, tendrán que cumplir, así como voluntariamente lo hicieron, lo que prometieron con su boca. Algún día nos daremos cuenta que Dios no puede ser burlado como muchos creían – serán arrinconados a rendir cuentas por haber prometido y no cumplir.

A todos aquellos que han contado en su propia luz para determinar cómo deben conducirse en la casa de Dios. Los que encendieron su propio fuego, y se rodearon de su propio resplandor, brillando en su propia inteligencia, y rehusaron inquirir y examinar los deseos y la voluntad de Dios, recibirán del Señor las palabras del profeta Isaías, *“He aquí, todos vosotros que encendéis fuego, que os rodeáis de teas, andad a la lumbre de vuestro fuego y entre las teas que habéis encendido. Esto os vendrá de Mi mano: en tormento yaceréis.”* (Isaías 50:11).

Hermanos y hermanas, todos los problemas de la adoración comparten a lo menos dos características en común. Una es el rechazo del principio de la autoridad de Dios, *“¿Quién hay entre vosotros que tema al SEÑOR, que oiga la voz de su siervo, que ande en tinieblas y no tenga luz? Confíe en el nombre del SEÑOR y apóyese en su Dios.”* (Isaías 50:10). La otra es el deseo del individuo de sentir su religión por medio de atracciones hechas por hombres, *“pues vendrá tiempo cuando no soportarán la sana doctrina, sino que, teniendo comezón de oír, se amontonarán maestros conforme a sus propias pasiones.”* (2 Timoteo 4:3).

En lugar de desanimarnos porque las cosas no son como nos gusta, o porque otros no se comportan como deben, debemos cambiar nuestro modo de pensar y hacernos fuertes y comprometidos a las maneras de Dios y tener un “Así dice el Señor” para todo lo que decimos y hacemos, *“Esto es bueno y agradable delante de Dios, nuestro Salvador”* (1 Timoteo 2:3).

La adoración congregacional es para activamente ofrecer alabanza y nuestras vidas a Dios. Dios acepta nuestro servicio cuando rendimos culto como participantes activos y no espectadores pasivos. No como aficionados para ver un programa que los directores de música y el predicador nos darán. Cuando entendamos que somos los ejecutantes y no los espectadores entonces nuestro servicio de adoración cambiara.

La pregunta correcta no es, “¿Qué saque de todo esto?” o “¿Qué tan bien hicieron los líderes?” La pregunta correcta es “¿Qué piensa Dios de lo que yo hice?” o “¿Ofrecí mi alabanza y mi vida a Dios?” La adoración, aunque beneficia nuestro crecimiento, últimamente no se trata de nosotros.

El culto de adoración se trata de Dios. Nosotros ofrecemos nuestra exaltación y nuestra gratitud a Dios. Oímos la Palabra de Dios. Cantamos alabanzas a Dios. Reconocemos la importancia de Dios en nuestras vidas. Honramos a Dios. Es por eso que la adoración es la más alta prioridad. Es por eso que nos reunimos como casa de Dios. La adoración congregacional es cuando ofrecemos nuestra alabanza y nuestra vida a Dios.

El estar en la presencia de Dios, adorando Su santidad y fidelidad es nuestro bien verdadero, *“Mas para mí, estar cerca de Dios es mi bien; en DIOS el Señor he puesto mi refugio, para contar todas Tus obras.”* (Salmos 73:28). Cuando entramos al culto de adoración para gozar de la comunión con Dios y nada más, entonces sacamos benéfico espiritual.

Si entramos al santuario de Dios comprometidos a Sus maneras y modos, entonces *“...como piedras vivas, sed edificadas como casa espiritual y sacerdocio santo, para ofrecer sacrificios espirituales aceptables a Dios por medio de Jesucristo.”* (1 Pedro 2:5). Entonces comunicaremos con Él en oraciones sumisas, sin egoísmo, ni pompa. Entonces cantaremos canticos espirituales de gratitud y alabanza, alegrándonos ante Su presencia. Entonces oiremos Su santa palabra que nos habla en lo más íntimo de nuestro ser.

Entonces, y sólo entonces, Dios nos toma de la mano derecha, y Su consejo nos guía en todas las cosas y recibiremos aliento y fortaleza en nuestra jornada en esta vida debajo del sol, *“hasta que entré en el santuario de Dios; entonces comprendí...tan torpe era yo, que no entendía; jera como una bestia delante de Ti! Sin embargo, yo siempre estoy contigo; Tú me has tomado de la mano derecha. Con Tu consejo me guiarás, y después me recibirás en gloria.”* (Salmos 73:17, 22-24). Entonces sacaremos algo beneficioso del culto de adoración, cuando hagamos las cosas correctamente.

“Por lo cual, puesto que recibimos un reino que es incommovible, demostremos gratitud, mediante la cual ofrezcamos a Dios un servicio aceptable con temor y reverencia; porque nuestro Dios es fuego consumidor.” (Hebreos 12:28-29)

“Por tanto, ofrezcamos continuamente mediante El, sacrificio de alabanza a Dios, es decir, el fruto de labios que confiesan su nombre. Y no os olvidéis de hacer el bien y de la ayuda mutua, porque de tales sacrificios se agrada Dios.” (Hebreos 13:15-16)

“Cuando en mí desfallecía mi alma, del SEÑOR me acordé; y mi oración llegó hasta Ti, hasta Tu santo templo. Los que siguen vanidades ilusorias, su propia misericordia abandonan. Mas yo, con voz de alabanza, te ofreceré sacrificios; cumpliré lo que te prometí. La salvación es del SEÑOR.” (Jonás 2:7-9)